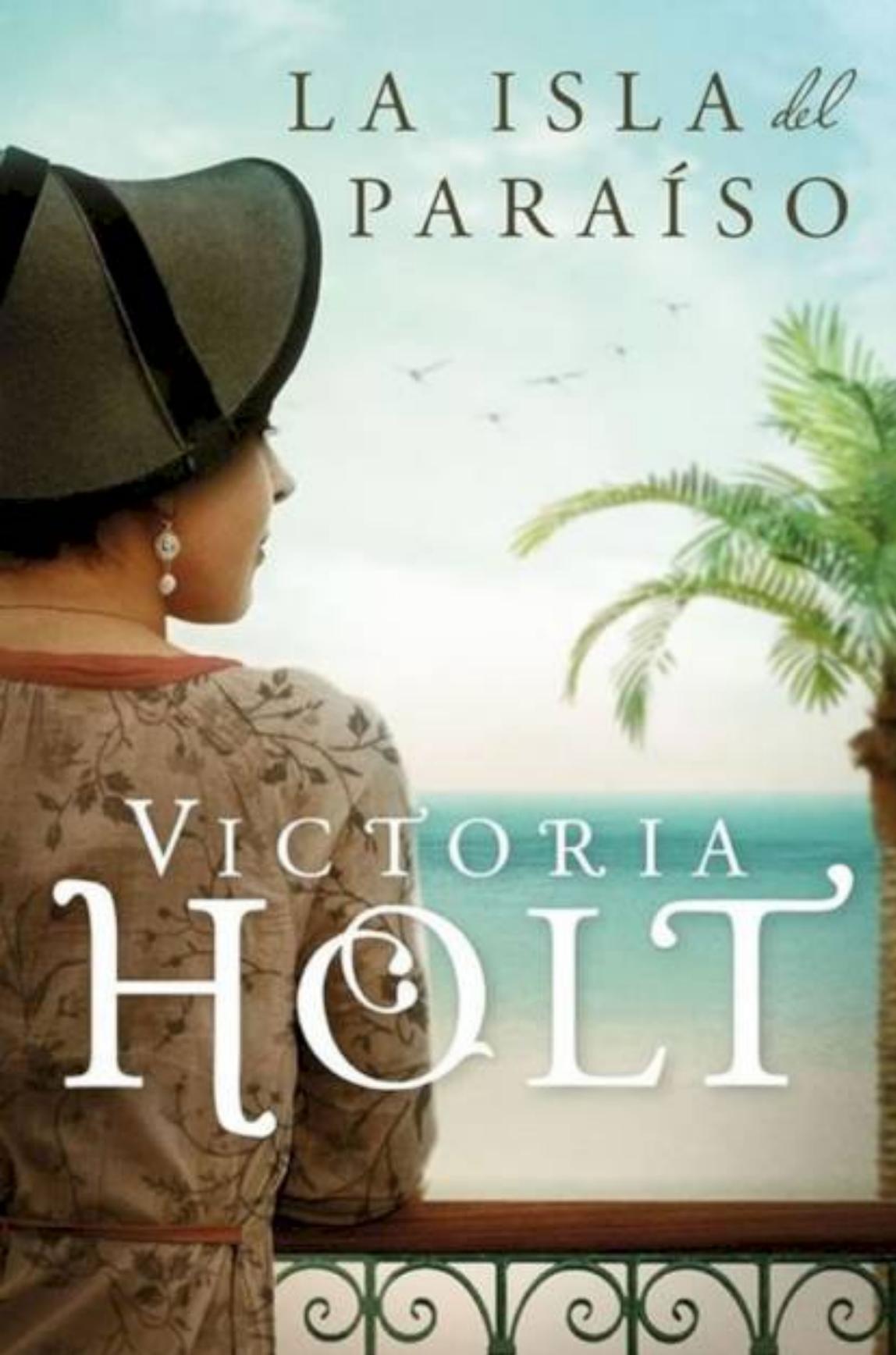


LA ISLA *del*
PARAÍSO

A woman in profile, wearing a dark hat and a floral dress, stands on a balcony with a decorative railing. She is looking out over a tropical beach with palm trees and birds flying in the sky. The scene is bright and sunny.

VICTORIA
HOLT

La historia de Ann Alice, una mujer del siglo XVIII que murió cuando era muy joven, llevará a su descendiente, Annalice Mallory, a vivir una de las más grandes aventuras de su vida. Un clásico de suspense romántico.

Inglaterra, siglo XIX. Desde que encontró la tumba de Ann Alice en el cementerio familiar, Annalice Mallory está obsesionada con su antepasada. Quizá la perturba el hecho de que murió en 1793 a los dieciocho años, su misma edad.

Poco después, encuentra una habitación secreta en la mansión Mallory que esconde el diario de Ann, y dentro de este, un hallazgo aún más asombroso: un mapa de la mítica isla del Paraíso. Su hermano Philip, un talentoso cartógrafo fascinado por el descubrimiento y por la trágica historia de su antecesora, decide ir en busca de la isla y desaparece en el intento.

De este modo empieza una aventura que conducirá a Annalice a Australia, donde deberá enfrentarse al horror para poder averiguar qué le ha ocurrido a Philip y, tal vez, hallar el amor.

La noche de la tormenta

La noche de la gran tormenta, nuestra casa, como otras muchas del pueblo, sufrió daños; y esta es la causa de que se hiciese el descubrimiento. Yo tenía por entonces dieciocho años, y mi hermano Philip, veintitrés. En los años siguientes, me he asombrado muchas veces de las cosas que ocurrieron, y he pensado cuán diferente habría sido todo de no ser por aquella tormenta.

Esa se produjo después de una de las olas de calor más intensas que se recordaba; la temperatura ascendió muy por encima de los treinta grados, y apenas había conversación que no girase en torno al tiempo. Murieron, debido al calor, dos ancianos y un bebé; en las iglesias se hicieron rogativas pidiendo lluvia; la anciana señora Terry que tenía noventa años y que, después de una frívola juventud y una poco virtuosa madurez, se había entregado a la religión en la séptima década de su vida, declaró que Dios castigaba a Inglaterra en general y a Little y Great Stanton en particular dejando morir de hambre al ganado, secando los arroyos y negando la humedad necesaria a los sembrados. Afirmó, asimismo, que se acercaba el Día del juicio, y, la noche de la tormenta, hasta los más escépticos pensamos que podía tener un poco de razón.

Yo había vivido siempre en la casa solariega del pueblo, un edificio de estilo Tudor en el que reinaba la abuela Mallory, nuestra abuela paterna. La abuela Mallory había mantenido una guerra con la abuela Cresset a raíz de la muerte de mi madre, provocada por mi nacimiento.

Según me había explicado Philip cuando yo tenía cuatro años y él era un experimentado muchacho de nueve, a la muerte de mamá ambas abuelas querían que fuésemos a vivir con ellas.

Philip me explicó que la abuela Cresset había propuesto que uno de nosotros fuese a vivir con ella y el otro, con la abuela Mallory, dividiéndonos así como si fuésemos dos franjas de tierra por las que luchasen dos generales. Durante años esta revelación me hizo sentir cierta aversión por la abuela Cresset, pues Philip era la persona a la que yo quería más en el mundo. Philip había vivido siempre conmigo; era mi hermano mayor, mi protector, el que lo sabía todo debido a los cinco magníficos años de experiencia que me llevaba. Nos peleábamos algunas veces, pero esto solo servía para hacerme más consciente de lo importante que era él para mí, pues los días en que no nos dirigíamos la palabra yo me sentía profundamente desgraciada.

Por fortuna, aquella sugerencia de separarnos había despertado la indignación de la abuela Mallory.

«¿Separarlos? ¡Nunca!», había sido su grito de batalla; y había declarado con gran énfasis que ella, como abuela paterna, era quien más derecho tenía sobre nosotros. La abuela Cresset, resultó vencida, y se vio obligada a aceptar un compromiso que incluía unas breves vacaciones estivales una vez al año en su casa de Cheshire, algunas visitas, regalos de vestidos para mí y de trajes de marinero para Philip, calcetines y mitones para los dos y regalos en Navidad y en los cumpleaños.

Cuando yo tenía diez años, la abuela Cresset sufrió una hemorragia cerebral y murió.

—Vaya un problema nos habría creado si hubiese tenido a los niños —le dijo la abuela Mallory a Benjamin Darkin.

El viejo Benjamin era una de las pocas personas que le había hecho frente a la abuela Mallory, pero podía permitirselo, pues estaba en el «taller» desde que tenía doce años

y sabía más del arte de hacer mapas que nadie en el mundo, según reconocía la misma abuela.

—No se puede hacer responsable a esa señora de las decisiones que toma Dios, señora Mallory —le replicó Benjamin en leve tono de reproche.

Y, por ser Benjamin quien era, la abuela aceptó sus palabras.

Cuando estaba en Little Stanton, la abuela Mallory se comportaba como la señora del pueblo; y, cuando iba a Great Stanton, como lo hacía todos los días por aquella época, iba en su coche con John Barton, el cochero, y con el joven Tom Terry, descendiente de aquella Casandra, de la ahora virtuosa nonagenaria, la señora Terry.

Un día, cuando Philip tenía dieciocho años y era para mí el hombre más sabio del mundo, me dijo que, muchas veces, personas que heredaban propiedades se dedicaban más a ellas que las personas que poseían propiedades por derecho de nacimiento. Lo que quería decir es que la abuela Mallory no pertenecía por nacimiento a la clase de los terratenientes, sino que había ingresado en ella por su matrimonio con el abuelo, y así había pasado a formar parte de una familia que había vivido en la mansión desde 1573, fecha en que había sido construida. Esto lo sabíamos porque la cifra estaba grabada en la sillería de la fachada. Y nadie habría llevado el nombre de Mallory con más orgullo que la abuela.

Yo no había conocido al abuelo Mallory, pues ese había muerto antes de que empezase la guerra de las abuelas.

La abuela Mallory dirigía el pueblo de un modo tan eficaz y autocrático como dirigía la casa. Presidía las fiestas populares y las tómbolas benéficas, y tenía dominados a nuestro bondadoso vicario y a su «distraída» esposa. Se aseguraba de que todo el mundo asistiese a los servicios religiosos de la mañana y de la tarde, y todos los criados debían ocupar su lugar en la iglesia cada domingo; si alguna obligación importante les impedía hacerlo un domingo,

debían asistir sin falta el domingo siguiente. Ni que decir tiene que Philip y yo estábamos siempre presentes; cruzábamos el prado, muy formalitos —como debía ser los domingos—, uno a cada lado de la abuela, y nos sentábamos en el banco de los Mallory, al lado del cual estaba el ventanal que mostraba a Cristo en Getsemaní, regalado por un antepasado nuestro en 1632.

Pero el principal objeto de la devoción de la abuela era, quizá, «el taller». No era frecuente que una familia de terratenientes estuviese relacionada con el comercio y tuviese en tanta estima un taller. Pero aquel no era un taller corriente.

Era, en realidad, un altar dedicado a la gloria de los antepasados Mallory, que habían sido grandes circunnavegantes del globo. Habían servido bien a su país desde los días de la reina Elizabeth, y la abuela estaba convencida de que el país debía a los Mallory buena parte de su supremacía en los mares.

Un Mallory había navegado con Drake. Además, en el siglo dieciocho, se habían dedicado también a sus propios intereses: más que capturar los barcos de sus enemigos los españoles y los holandeses, experimentaban el deseo de explorar la tierra y de reflejarlo en sus mapas.

Aquellos hombres, según explicaba la abuela, habían grabado su nombre en la historia del mundo, y no solo en la de Inglaterra; habían hecho más fácil la navegación para centenares —no, para miles— de grandes aventureros de todo el mundo. Era inestimable cuánto debían a los mapas de los Mallory aquellos intrépidos navegantes, y no solo estos, sino los exploradores de las tierras de Oriente.

El «taller» estaba en la calle Mayor de Great Stanton. Era un antiguo edificio de tres pisos con dos miradores en la planta baja, uno a cada lado de la escalera de piedra de la puerta principal.

Detrás del taller, y separado de este por un patio, había otro edificio, en el que había tres máquinas de vapor. Aquel

era un territorio prohibido para nosotros, a menos que nos acompañase un adulto. A mí no me interesaban demasiado las máquinas, pero a Philip le atraían mucho.

En uno de los miradores había un gran globo terráqueo pintado con los más bellos azules, rosados y verdes, que me había fascinado cuando era niña. En aquellos días, cuando visitaba la tienda en compañía de la abuela Mallory, Benjamin Darkin me enseñaba un globo parecido que tenían sobre el mostrador; lo hacía girar una y otra vez y me enseñaba los grandes océanos azules, los continentes y sus fronteras, y nunca se olvidaba de señalar las zonas rosadas: las colonias británicas. Colonias que habían llegado a serlo, imaginaba yo, gracias a los ilustres Mallory que habían hecho los mapas para mostrar el camino a los exploradores.

A Philip también le ilusionaban mucho las visitas al taller, y me hablaba de ellas. En la sala de clase teníamos mapas y, cuando la abuela Mallory nos visitaba en ella, nos hacía preguntas sobre el atlas. La geografía era un tema que tenía preferencia sobre todos los demás, y a la abuela le encantaba ver el interés que experimentábamos por ella.

En el otro mirador de la tienda había un enorme mapa-mundi. Se extendía, imponente, ante nuestros ojos, con el continente africano a un lado y las Américas al otro. El mar era de color azul brillante, y la tierra, casi toda marrón oscuro y verde. A la izquierda del extraño tigre que era Escandinavia estaban nuestras islas, que parecían insignificantes. Y lo más imponente de todo era el nombre de nuestro antepasado, escrito en letras de oro en el ángulo de la derecha: JETHRO MALLORY, 1698.

—Cuando sea mayor —decía Philip—, tendré un barco y me iré a recorrer los mares. Mi nombre también figurará en letras doradas al pie de un mapa.

Cuando la abuela Mallory le oyó decir esto, se le iluminó la cara con una sonrisa de felicidad, pues aquello era precisamente lo que deseaba para Philip; y adiviné que se felicitaba de haber rescatado a su nieto de las garras de la

abuela Cresset, que quizá habría intentado hacer de él un arquitecto o incluso un político, pues en su familia había habido miembros de esas dos profesiones.

Con los años, había aprendido yo algo de la historia de la familia, y sabía que la abuela Mallory nunca había aprobado por completo el matrimonio de su hijo con Flora Cresset. Esta, a juzgar por el retrato que había en la galería, había sido muy bonita, pero era asimismo una joven de salud delicada, por lo cual murió cuando yo nací. Pero muchas mujeres morían de parto, y muchos niños morían también al nacer, de modo que sobrevivir era, en cierto modo, un triunfo. Un día, le dije a Philip que el hecho de que la raza humana continuase era una muestra de la tenacidad de las mujeres, a lo cual él replicó: «A veces dices tonterías...».

Philip era más práctico que yo. Yo era una soñadora; vivía de ilusiones. A él le interesaban los aspectos concretos de la cartografía, los cálculos y las medidas, los compases y los demás instrumentos. Para mí, la cosa era muy diferente. Yo me preguntaba quién viviría en aquellos lugares remotos, y cómo vivirían. Cuando miraba aquellas islas situadas en medio de los azules mares tropicales, imaginaba toda clase de historias en torno a mis viajes por ellas y mi relación con sus habitantes.

Philip y yo veíamos las cosas de modo muy diferente. Quizá esta era la razón de que nos llevásemos tan bien. Cada uno tenía algo que al otro le faltaba. Sin duda por ser huérfanos de madre —y en cierto modo de padre también, aunque este no había muerto—, nos apoyábamos mucho el uno en el otro.

Cuando mi padre trajo a su esposa a la mansión, trabajaba en el negocio familiar. Naturalmente, había sido educado para él, como lo era ahora Philip. Quizá si mi madre no hubiese muerto mi padre viviría aún en la casa familiar, haciendo más o menos lo que deseaba la abuela Mallory. Pero, a la muerte de mi madre, no había podido seguir viviendo en la casa. Debía de haber allí demasiados recuer-

dos. Y también es posible que sintiese aversión por la criatura que había ocupado su lugar en el mundo a expensas de la mujer que amaba. El caso es que decidió marcharse una temporada, trabajar en Holanda con otra casa dedicada a la cartografía, solo unos meses, para recobrase de la pérdida de su esposa. Holanda era un país que había visto nacer a algunos de los mejores cartógrafos del mundo. En aquel momento, a la abuela Mallory le pareció bien la idea: pensaba que aquel viaje le serviría a mi padre para superar su dolor y para adquirir experiencia en su profesión.

Pero mi padre se quedó en Holanda y no mostró deseos de volver. Al cabo de cierto tiempo se casó con una joven holandesa, Margareta, cuyo padre era un acaudalado exportador. Y, para disgusto de la abuela Mallory, mi padre se unió a él en el negocio, abandonando así la gloriosa profesión de la cartografía por otra que la abuela llamaba desdeñosamente «comercio». De modo que yo tenía unos hermanastros y una hermanastra a los que no conocía.

Se habló de que Philip fuese a vivir con su padre, pero la abuela Mallory se negó siempre a ello. Creo que temía que mi hermano pudiese sentirse atraído por el negocio de la exportación. Así pues, mi padre se quedó en Holanda con su nueva familia, y pareció conformarse con dejar a sus primeros hijos al cuidado de la abuela.

El día en que cumplí los dieciocho años, en mayo y unos tres meses antes de la gran tormenta, se marchó la institutriz que había estado siete años conmigo, y me enteré de que la abuela empezaba a pensar en encontrarme un marido. Hasta el momento, no me atraía ninguno de los jóvenes que eran invitados a casa. Uno de ellos era Gerald Galton, de Great Stanton. Los Galton era muy ricos y tenían negocios en Londres, que estaba a unos treinta kilómetros de Great Stanton: no tan lejos como para separar de su familia al señor Galton padre. Gerald acompañaba a su padre en sus viajes a la capital, donde a menudo pasaban varias semanas, y sus visitas a la casa de campo eran bastante bre-

ves. Aunque se casase, Gerald no estaría mucho en casa, y, cuando me di cuenta de que esto era un punto a su favor, vi que no era él el hombre de mis sueños.

Estaba también Charles Fenton, el hijo del propietario de Marlinton, un joven deportista y amante de la caza. Era un muchacho alegre, que se reía de casi todo, de modo que en su compañía se deseaba casi algo de tristeza. Me sentía bien al lado de aquellos dos jóvenes, pero la idea de pasar mi vida con uno de ellos no me atraía en absoluto.

La abuela Mallory me dijo un día:

—Tienes que pensar en casarte, hija mía. Una joven tiene que elegir tarde o temprano, y tiene que elegir entre los partidos que se le presentan. Las que tardan mucho en decidirse se encuentran a veces con que no tienen donde elegir.

Terrible advertencia, que cayó en saco roto, dados mis dieciocho años. No tenía prisa en casarme; estaba satisfecha con la vida que llevaba.

A la abuela le preocupaba más quién iba a ser la esposa de Philip. La mujer de mi hermano vendría a vivir a la mansión, y sería una Mallory, mientras que yo, al casarme, perdería aquel ilustre nombre. Sin duda, la abuela había visto con reservas la llegada de Flora Cresset a la mansión. Era cierto que esa joven le había dado dos nietos, pero su debilidad física le había costado a la abuela su hijo, que ahora, según ella lo expresaba, estaba «dominado por esa holandesa».

Después del segundo matrimonio de mi padre, la abuela ya no tuvo una palabra amable para los holandeses.

—Pero, abuela —le dije un día—, usted decía siempre que algunos de los mejores cartógrafos del mundo han sido holandeses. Y también algunos de los primeros exploradores. El mismo Mercator era flamenco. Recuerde cuánto le debemos.

La abuela se vio dividida entre la satisfacción que sentía siempre que yo mostraba interés por la cartografía y el des-

agrado que le causaba el que se la contradijese.

—De todo esto hace mucho tiempo —replicó—. Pero también fue un holandés el primero que compró mapas antiguos en blanco y negro y los coloreó, para venderlos luego a un precio muy alto.

—Cosa que hicieron también los que vinieron después —le recordé.

—¡Qué mala eres! —exclamó.

Pero no estaba enfadada, e hizo lo que hacía siempre que no estaba segura de ganar la discusión: cambió de tema.

A la abuela la encantaba que yo considerase una fiesta cada visita al taller, y algunas tardes, por supuesto después de mis clases, la institutriz y yo íbamos a Great Stanton, y yo pasaba unas horas muy agradables en el taller.

Siempre me interesaba hablar con Benjamin. Su vida eran los mapas. A veces, nos llevaba a Philip y a mí al edificio donde los imprimía, y nos hablaba largamente de las técnicas modernas y de cómo antaño se habían usado bloques de madera y a eso se le denominaba impresión en relieve, porque se entintaba parte de la madera y esta era trasladada al papel de modo que destacaba en relieve.

—Y ahora usamos cobre —explicó con orgullo.

A mí me aburrían bastante aquellas cuestiones técnicas, pero Philip le hacía innumerables preguntas sobre varios procesos. Yo apenas les escuchaba; prefería contemplar los mapas colgados de las paredes. La mayoría eran copias de los que se habían realizado en los siglos catorce, quince y dieciséis, y me hacían pensar en los intrépidos exploradores que descubrieron aquellas tierras.

Philip pasaba mucho tiempo en el taller, y, cuando cumplió los veintiún años y hubo terminado sus estudios, pasó allí todo el día; trabajaba con Benjamin y aprendía el negocio. La abuela estaba encantada con él.

A mí me molestaba quedarme al margen, y Benjamin se percataba de ello. Él, al igual que Philip, parecía compade-

cerme por haber nacido mujer, lo que me impedía tomar un puesto de responsabilidad en aquella fascinante profesión.

Un día en que Benjamin hablaba de la técnica de colorear los mapas, expresó su opinión de que muy pronto se produciría un gran avance, y de que no tardaríamos en poner en el mercado litografías en color.

Me enseñó un grabado, no un mapa, sino una representación, bastante sentimental de una escena familiar, en colores.

—Lo ha hecho un impresor llamado George Baxter — me explicó Benjamin—. Mire qué colores. Si pudiésemos conseguirlos en nuestros mapas...

—¿Por qué no pueden? —pregunté.

—Baxter mantiene su método en gran secreto. Pero tengo cierta idea de cómo lo hace. Creo que usa una serie de bloques de diferentes colores, pero debe de tener el registro adecuado. Con los mapas tiene que ser más difícil. En ellos no se puede rebasar las líneas ni un milímetro; eso sería hacer un país más grande o más pequeño de lo que es en realidad. Es un problema muy grande.

—Así pues, ¿seguirá usted coloreando a mano?

—Por el momento, sí. Hasta que se encuentre un método mejor.

—Yo podría colorear mapas, Benjamin.

—¿Usted, señorita Annalice? Es una tarea difícil...

—¿Cree que podría hacerlo, aunque sea difícil?

—Bueno, usted es una señorita...

—No todas las señoritas son tontas, señor Darkin.

—Yo no he dicho eso, señorita Annalice.

—Muy bien, pues déjeme intentarlo.

Benjamin me permitió hacer una prueba. La hice bien, y al cabo de unos días me dio un mapa de verdad para que lo colorease. ¡Cómo me gustaba aquella actividad! Había aquel mar tan azul, de un azul que me encantaba. Mientras trabajaba, me parecía oír el ruido de las olas en las playas de coral. Veía a las muchachas de piel oscura que llevaban

flores en el cuello y en los tobillos; veía a los niños morenos que corrían desnudos hacia el mar, y las largas canoas que cortaban las olas. Era como si estuviese allí.

Aquellas eran tardes de aventura. Subía a montañas y cruzaba ríos; y pensaba sin cesar en qué nuevas tierras quedaban por descubrir.

Benjamin Darkin creía que yo me cansaría de aquel trabajo, pero se equivocaba. Cuanto más hacía, más me entusiasma. Por otra parte, lo hacía bien. No podíamos permitirnos estropear aquellos mapas con un coloreado imperfecto. Los míos eran examinados personalmente por Benjamin, que los encontraba perfectos.

Empecé a aprender cosas sobre el arte de la cartografía. Estudiaba los mapas antiguos y me interesaba por los hombres que los habían hecho. Benjamin me enseñó una copia del mapamundi de Ptolomeo, que había sido hecho alrededor del año ciento cincuenta de nuestra era, y me explicó cómo hasta el gran Ptolomeo había aprendido de Hiparco, que había vivido unos trescientos años antes. Mi interés aumentaba, y pasaba tardes mágicas soñando con países lejanos y con los hombres que habían estado allí años atrás y que habían confeccionado unos mapas para que otros pudiesen encontrar el camino con facilidad.

La abuela venía a veces a verme trabajar. Se sentaba a mi lado y me miraba con expresión especulativa. Estaba satisfecha de sus dos nietos, que estaban inmersos en el fascinante mundo de los mapas. No habría podido desear nada mejor. Era una mujer dominante por naturaleza, y nada le agradaba más que dirigir las vidas de los demás, pues siempre estaba segura de que podía hacerlo mucho mejor que ellos mismos.

Por entonces, la abuela Mallory había decidido que Philip debía casarse con una joven sensata que vendría a la mansión y tendría hijos que continuarían el apellido y el negocio de los mapas. En cuanto a mí, la abuela empezaba a comprender que ni Gerald Galton ni Charles Fenton eran el

hombre adecuado para mí. Y había decidido esperar a que apareciese otro que a ella le pareciese más idóneo.

Esto suponía un respiro para mí. Podía seguir con mis aventuras imaginarias en la tienda, y disfrutar de mi vida tranquila en la mansión.

La casa Mallory era un lugar lleno de interés, cosa que yo olvidaba a veces por haber pasado mi vida en ella. Por una parte, se decía que estaba encantada. En el segundo piso había un rincón oscuro, en un lugar en el que la estructura parecía bastante inhabitual. La esquina en cuestión estaba al final de un corredor que parecía acabar bruscamente, casi como si el constructor se hubiese cansado de él y lo hubiese cortado en seco.

A los sirvientes no les gustaba recorrer aquel pasillo después del anochecer. No sabían decir exactamente por qué; experimentaban una sensación de temor sin causa aparente. Se rumoreaba que, muchos años atrás, alguien había sido emparedado en la casa.

Cuando le pregunté sobre esto a la abuela Mallory, esta me contestó:

—Eso no es verdad. Ningún Mallory habría sido tan estúpido. Eso habría sido muy insano.

—A veces, en aquellos tiempos, se emparedaba a una monja —recordé.

—Los Mallory nunca han tenido que ver con monjas.

—Pero de eso hace muchísimo tiempo.

—Annalice, hija mía, te repito que eso es falso. Mira, ahora quiero que vayas a ver a la señora Gow y que le lles un poco de gelatina de ternera. Vuelve a encontrarse mal.

La señora Gow había sido nuestra ama de llaves durante muchos años, y ahora vivía con su hijo, que era maestro de obras, en una casa situada entre Little y Great Stanton.

Yo no podía por menos que admirar a la abuela Mallory, que se libraba de los antepasados emparedados con tanta decisión como se había librado de la abuela Cresset.

Pero no dejé de pensar en aquel lugar del pasillo. Subía allí después del anochecer, y estaba segura de sentir un estremecimiento, algo... Una vez, imaginé que alguien me tocaba levemente el hombro y oí un susurro sibilante.

Intentaba crear algo a partir de un antiguo rumor, del mismo modo que soñaba con aquellas playas de coral cuando coloreaba los mapas.

Tenía la costumbre de visitar la tumba de mi madre, y de asegurarme de que los arbustos que había allí estuviesen bien cuidados. A menudo pensaba en ella. Me había formado una imagen suya a partir de lo que me había contado la abuela Cresset, que siempre lloraba un poco cuando hablaba de su Flora. Según ella, Flora era hermosa, y demasiado buena para este mundo; era bondadosa y afectuosa. Se había casado a los dieciséis años y Philip había nacido un año después, de modo que solo contaba veintidós cuando murió.

Yo había podido decirle a la abuela Cresset cuánto me entristecía pensar que mi madre había muerto por mi causa. Era algo que nunca le habría podido decir a la abuela Mallory, quien habría replicado inmediatamente: «Eso es una tontería. Tú no sabías nada, y nada podías decidir. Lo que ocurrió es algo que ocurre a menudo, y Flora era una muchacha débil».

La abuela Cresset era más sentimental; había dicho que mi madre habría dado gustosamente su vida por mí. Pero esto aún me preocupaba más. No hay nada que le haga a uno sentirse peor que saber que otro hace grandes sacrificios por él.

Por esto no había hablado de mi madre con la abuela Cresset tanto como habría querido.

A pesar de todo, visitaba su tumba. Había plantado junto a ella un rosal y una mata de romero. Acudía al lugar en secreto, pues no quería que nadie conociese mi remordimiento por haber causado su muerte, ni siquiera Philip. A veces, le hablaba a mamá en voz alta, y le decía que espe-